

Berto Lampapilas

la leyenda



En Carbonia, a 8km
bajo la superficie
del planeta Tierra...



Berto tiene que regresar a la Terreta. Vuelven a escasear los alimentos en su ciudad... los carbonios, que son negros como el carbón, vuelven a tener problemas. Se están agotando los alimentos, sobre todo, el dióxido de manganeso y el cinc.

Berto empieza su viaje hacia la superficie, desde la Tierra Baja hasta la Tierra Alta hasta que al final sale a la luz, justo en la cima del Penyagolosa. Ya se conoce el camino y esta nueva escapada ha sido rápida y fácil. Desde la cima de la montaña mágica desciende en dirección al Prat de Cabanes / Torreblanca. Tiene controlada la ruta y ahora que sabe nadar perfectamente pone rumbo a las islas Columbretes. Alterna ba la natación con el dejarse llevar. El mar estaba en calma y las corrientes los trasladaron cómodamente a la Illa Grossa. Llevaba reservas minerales en su mochila. Ingirió unas cuantas porciones y se echó plácidamente a descansar entre las rocas.

Se sobresaltó con un espantoso rugido... Y con un repugnante olor. De repente, le cubrió una profunda oscuridad. No veía nada. Estaba asustado pero una tremenda carcajada le despertó del todo. Era un dragón broncíneo. Era enorme, majestuoso con sus escamas brillantes de color bronce. Debería ser un antepasado pero no reconocía ese aspecto gigantesco. Berto no daba crédito a lo que le estaba pasando. El dragón se elevó, era gigante, y se lanzó hacia el cielo haciendo espirales y luego planeó a gran velocidad en círculos. Berto alucinaba. No sabía si estaba despierto o estaba soñando.

- Hola, soy Funcalong, el dragón chino de los tesoros ocultos. He sabido que los carbonios sois parientes lejanos y que tú, Berto, has emprendido un viaje en busca de tesoros que son alimentos para vosotros. Nosotros también nos alimentamos de tesoros.

- Hola Funcalong. Yo soy Berto y tenemos un problema en Carbonia, mi país. Nuestro alimento escasea porque en el planeta tierra, bueno, donde estamos ahora mismo, no gestionan bien sus minerales y sus residuos.

- Puedo ayudarte a encontrar reservas de alimentos. ¡Vamos a planificar nuestro viaje!

Berto y Funcalong comenzaron a pensar y la expedición se puso en marcha. El dragón cargó sobre su cuello al pequeño carbonio... y emprendió el vuelo... Berto reconoció los paisajes de la Terreta, la montaña del Garbí y la inmensa Albufera, el Montgó y la isla de Tabarca que tanto le gustaba. Sobrevolaron puertos y varios mares... Días y noches...



Hola, soy Funcalong, el dragón chino de los tesoros ocultos. He sabido que los carbonios sois parientes lejanos y que tú, Berto, has emprendido un viaje en busca de tesoros que son alimento para vosotros.

Berto dormitaba a lomos de Funcalong, bien agarrado a las escamas brillantes de color bronce. Había perdido la noción del tiempo, si era hoy o ayer, el año pasado o el siglo pasado... De repente el gran dragón comenzó a descender. Berto casi se cae... La velocidad era inmensa y no podía divisar el lugar donde se encontraban. Funcalong no controlaba mucho el aterrizaje y su pequeño dragón Berto se precipitó contra la calzada de piedra... El pequeño carbonio gruñó como nunca. Era una interminable muralla que subía y baja por montañas y valles. Berto abrió los ojos y todo le parecía increíble. No veía construcciones ni carreteras ni autopistas... Solo montañas desiertas. Escuchaba un idioma que nada tenía que ver con el que se hablaba en la Terreta, su territorio cercano a Carbonia. Cuando Funcalong se instaló cerca de él, Berto preguntó dónde se encontraban.

- Es mi país Berto. Esto es China, la china milenaria. Yo soy uno de los nueve dragones chinos, concretamente soy Funcalong. El dragón de los tesoros ocultos.

Berto y su amigo se movieron lentamente por el trazado de la gran muralla. Esto no tiene fin, decía Berto acusando el cansancio de un viaje tan largo y extraño. Porque no recordaba nada, no sabía si había viajado durante días, meses, años o siglos... Estaba aturdido. Los dos dragones, el gigante y el pequeño carbonio, compaginaban el cielo y la tierra, a ratos volaban y a ratos caminaban...

Una violenta polvareda se aproximaba hacia ellos, acompañada de un ruido ensordecedor... Funcalong, en alerta, sujetó con una garra a Berto para alzar el vuelo ante la amenaza que



**Es mi país, Berto.
Esto es China,
la China Milenaria.**



se cernía sobre ellos. Fue todo tan rápido... Miles de lanzas volaban contra los dragones, los gritos de aquellos guerreros con indumentarias extrañas invadieron la calzada... Funcalong no pudo evitar que Berto se desprendiera de sus garras y el pequeño Carbonio quedó tendido en el suelo, rodeado por enormes hombres que parecían reyes por sus cascos y armaduras doradas y plateadas, y que hablaban un idioma desconocido...

Berto se convirtió en prisionero de aquel enorme batallón de guerreros vestidos de colores. Permaneció encerrado en una cueva durante largos días y noches. Una mañana volvió a sentir el pestilente olor que le despertara en las islas Columbretes y comenzaron a dispararse rayos de tormenta, el cielo se oscureció. Era Funcalong... En pocos minutos Berto se alzaba a lomos de su mágico amigo. Esquivaron miles de flechas y lanzas... pero consiguieron huir de la temible aldea...

Pararon a descansar sobre la cima de una montaña desde donde se divisaba un bellísimo paisaje verde. Hacía frío pero el sol era potente y el cielo estaba transparente. Berto dio una pequeña vuelta por la explanada y al regresar escuchó un leve gemido entre las escamas de Funcalong... Una figura diminuta asomaba su rostro y unos pequeños ojos rasgados sonreían tímidamente. Los dos compañeros de viaje se quedaron inmóviles mientras la niña salía de su escondite. Era una polizona en toda regla que quería escapar de la maldita aldea.

- Me llamo Chang y soy la hija de un mercader de seda y especias chinas que viaja junto a Marco Polo, el conocido navegante que une Oriente y Occidente.

Me llamo Chang, y soy la hija de un
mercader de seda y especias chinas que
viaja junto a Marco Polo, el conocido navegante...



Berto no entendía lo que Chang le explicaba. ¡Qué raros son estos humanos! Mientras, Funcalong se ruborizó y bajó la vista... Él sí que sabía quién era Marco Polo... De hecho cumplía una misión que le había encargado el comerciante genovés. El enorme dragón debía adquirir urgentemente y sin excusas, capullos de gusano de seda para poder trasladar a las tierras del Mediterráneo el secreto de la fabricación del preciado hilo. Y la Terreta era uno de los destinos. Numerosos campos de l'Horta valenciana, de las Riberas del Xúquer, de la Safor, de la Plana de Castelló, de Requena-Utiel y de la Marina habían plantado miles de moreras, los árboles que alimentaban a los gusanos de seda. Habían levantado majestuosos edificios como la Lonja de la Seda y habían aprendido el oficio de tejer la seda en los telares que ocupaban las casas valencianas.

Pero escaseaba la materia prima. La población china guardaba el secreto del origen de la seda pero fue descubierto por unos monjes occidentales. Entre sus ropajes sacaron del país algunos capullos de seda.

La producción de seda a través de los gusanos comenzó a extenderse por todo el mundo... pero no era suficiente. Necesitaban más capullos. Criar gusanos de seda, esperar la larva, la formación del capullo y su metamorfosis componían una actividad muy importante en las rutas comerciales, porque de ella dependía la economía de muchos pueblos. Marco Polo controlaba las líneas marítimas entre Oriente y Occidente y transportó estos productos que eran los más cotizados de la época y que eran intercambiados por oro y piedras preciosas.



La producción de seda
a través de los gusanos
comenzó a extenderse
por todo el mundo...
pero no era suficiente.

Funcalong pensó que Berto, por su tamaño, era el aliado perfecto para esta misión. Junto a la pequeña Chang, que conocía palacios y mansiones de las dinastías mongoles, serían invencibles. Además, el dragón gigante poseía algo que podía salvar a Carbonia. El dragón chino de los Tesoros Ocultos poseía un cofre de extraños objetos cilíndricos y redondos que había encontrado en las profundidades de los mares....

El curioso grupo de dos dragones y una niña regresaron a la Gran Muralla. Chang y Berto se adentraron en montañas y bosques frondosos donde sobresalían tejados dorados... En una de los grandes palacios, perteneciente a un viejo emperador, se encontraba un gran criadero de gusanos de seda. Solo tenían que hacerse con unos cuantos capullos de seda y huir... Chang tuvo mucha habilidad sorteando los obstáculos y la seguridad del palacio. Descendieron a los sótanos, donde se encontraban grandes salas que parecían invernaderos. Allí se podía ver todo el proceso.

Cada sala estaba fuertemente vigilada... Pero Chang pudo colarse. Agarró fuertemente a Berto y comenzaron a moverse debajo de las grandes mesas. En un descuido de un guardia que se giró, Chang elevó su brazo sobre la mesa y cogió cuatro capullos de seda ya formados. Después otros cuatro, y así hasta sumar 24 huevecillos. Berto estaba asustado porque los guardias eran los mismos que le habían apresado. Guardó en su mochila aquellos 24 capullos delicados que le producían cierta repulsa.

La pequeña Chang era increíble. Casi sin darse cuenta, ya estaban de regreso en la calzada de la gran muralla. Pero no

veían a Funcalong. Se acurrucaron en la parte baja de la muralla. Tenían frío y hambre. Pasó la noche y con los primeros rayos del sol sintieron cómo temblaba el suelo. El dragón gigante se había posado en la calzada y sonreía a sus pequeños colaboradores. Caminó torpemente hacia ellos. Berto le entregó su mochila mientras Chang aplaudía feliz. Funcalong hizo un gesto desconocido. Entonces, sintieron el galope de muchos caballos y una polvareda que ya comenzaba a cubrirle. Bertó se asustó recordando la lucha de los guerreros mongoles. Intentó escapar pero una garra de Funcalong le detuvo. Chang seguía riendo....

De repente un bello carroaje se detuvo ante ellos. Chang comenzó a gritar ¡Marco Polo! ¡Marco Polo! Berto no entendía nada. No recuerda... hace unos días... o unos años estaba reunido con el Consejo de Sabios de Carbonia que le pedían un nuevo viaje en busca de reservas alimentarias y minerales. Luego recuerda que se quedó dormido sobre las rocas de la Illa Grossa de Columbretes... Que apareció de la nada el gigante Funcalong... Berto se frotó los ojos y caminó junto a Chang para recibir a Marco Polo... Esbelto, vestido con elegante ropaje, el navegante, comerciante y aventurero Marco Polo se acercó a ellos. Llevaba una ropa que era suave y con adornos y dibujos floreados. Los colores eran atractivos. Berto tocó su casaca...

- Es seda -le dijo Marco Polo-. ¡Es el oro del mundo! El navegante corrió a abrazar a Chang.

- ¿Qué tal, pequeña amiga? -Marco Polo interrogó ansioso a Chang.

La niña sonreía ampliamente y señalaba a Berto. Berto le tendió su mochila y Marco Polo mostró extrañeza con un elemento metálico que si estirabas abría aquella bolsa...

- ¡Es una cremallera Marco Polo! -le dijo Berto.

El navegante se hinchó de satisfacción. Dentro de la mochila de Berto estaban los 24 capullos de seda. Mientras sucedía este encuentro, Funcalong emitió un tremendo y temerario rugido. Era su forma de unirse a la celebración y, además, era su forma de comunicarse. El gran dragón había navegado por mares y océanos en busca de sus Tesoros Ocultos. Los dragones broncíneos se alimentaban de perlas, monedas de oro y piedras preciosas. Funcalong solía recorrer las profundidades marinas en busca de estos tesoros procedentes de los naufragio de las naves españolas, italianas, portuguesas... que surcaban los mares. En una de sus travesías, el gran dragón chino encontró las profundidades del mar sembradas de objetos que brillaban, incluso vio peces que morían engullendo esas piezas metalizadas. No conocía su procedencia. El mar estaba lleno de cilindros y de círculos de material metálico. Entonces recordó aquello que Berto le contó de su país y la carencia de alimentos. Funcalong entendió enseguida. Aquellos miles de objetos era lo que Berto llamaba pilas, esos elementos que consumen masivamente los humanos de la Tierra y que si no gestionan bien su reciclaje, o sea, si no los llevan a sus contenedores, acaban inundando los bosques y los mares, produciendo daño a la fauna, al agua y a toda la vegetación del planeta. El dragón inspiró profundamente para emitir desde sus gigantes fosas nasales y su boca una enorme nube de aire gaseado provocando un tornado. Entonces,

Berto se frotó los ojos y caminó junto a Chang para recibir a Marco Polo... Esbelto, vestido con elegante ropaje, el navegante, comerciante y aventurero Marco Polo se acercó a ellos.



todos aquellos objetos que cubrían el fondo del mar volaron en círculos hasta introducirse como por arte de magia en los cofres que había preparado Funcalong.

Marco Polo, Chang y Berto observaban admirados al gran dragón que iba abriendo sus enormes escamas de bronce. De cada una de ellas iban deslizándose cofres con tesoros ocultos. Berto comenzó a saltar y corretear en torno a Funcalong. ¡En muchos de los cofres que se abrían asomaban miles de toneladas de pilas! Era la recompensa y el regalo que Marco Polo y Funcalong quisieron hacer a Berto.

El regreso a la Terreta y a Carbonia fue tal cual como el inicio. Aquel punto de partida tan extraño y tan agotador. Berto despertó sin recordar que habían viajado durante mucho tiempo, que habían sobrevolado por varios mares y por varios países, que Funcalong saludó con extraños gestos su paso sobre Tabarca y el Montgó. La roca donde había dormido era la misma que escogiera en el origen del largo viaje. Se sentía aturdido pero abrió completamente sus ojos al comprobar que un cuerpo se movía a su lado.

Chang estiró los brazos, bostezó y dedicó a Berto una gran sonrisa. Algo estaba a punto de comenzar. Berto intentó abrazar a Chang pero ella ya corría entre las rocas. Comenzó a abrir los cofres, a explorar su contenido, miles y miles de pilas ocupaban casi toda la isla grande de Columbretes. Funcalong también despertó y saludó a Berto y a Chang, un saludo que sabía a despedida porque rápidamente irguió su cuerpo, extendió sus enormes alas, exhaló su característico aliento y rugió con alegría. Pero Berto no daba crédito a lo



que veía. Chang permanecía a su lado mientras Funcalong revoloteaba entre las islas.

- Chang, ¿no regresas con él a tu país?

- No, Berto. No puedo regresar. No soy la hija de ningún mercader, mi familia es muy pobre, somos once hermanos. Hemos tenido que sobrevivir a muchas desgracias y problemas. Así que he decidido probar suerte en tu mundo y, quizás, pueda ayudar a mi familia. Ahora soy una emigrante en tu tierra...

Berto abrazó a su amiga e intentó consolarla.

- No te preocupes Chang, yo voy a cuidar de ti aunque no podrás vivir en Carbonia. Pero aquí, en La Terreta, tengo ya unas cuantas amigas y amigos que pueden ayudarte.

Berto le explicó a Chang lo bien que le acogerían sus pequeños amigos, porque muchos de ellos también tenían problemas y sufrían dificultades, pero la gente ayudaba a las personas que lo necesitaban. El pequeño habitante de Carbonia convocó una reunión con su pandilla, que tanto le habían ayudado a recoger pilas en los colegios de la Terreta. En unas horas, Berto y Chang estaban en tierra firme esperando que llegaran los demás. La alegría saltó cuando se vieron todos y se abrazaron. Berto les presentó a Chang y pidió que formara parte del grupo que más pilas recoge y que mejor recicla.

A partir de ese momento Chang era una más. Asistía a las clases del colegio y participaba activamente en la recogida de

pilas, en su reciclaje y en todo aquello que sirviera para salvar la vida del planeta.

Berto regresó a Carbonia con tal cargamento de pilas como jamás se hubiera visto. Cofres y más cofres que contenían el mejor tesoro del mundo. Unas semanas después, Berto supo que en la Terreta se elaboraban delicadas piezas de seda, se bordaban telas de colores y se lucían orgullosamente en las fiestas de los pueblos y ciudades.

Berto estaba feliz por tantas cosas buenas. Sonrió y pensó que los mejores tesoros son aquellos que guardamos en el cofre del corazón.

